

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

MADRES, HIJAS, ABUELAS: LAS TENSIONES ENTRE LA SUPERVIVENCIA Y LA TRASCENDENCIA EN *ROZA TUMBA QUEMA*, DE CLAUDIA HERNÁNDEZ

Mothers, Daughters, Grandmothers: the Tensions between Survival and Transcendence in Claudia Hernández's *Roza tumba quema*

NEREA BENÍTEZ COLLADO

Universitat de València (España)

nebeco@alumni.uv.es

Recibido: 30 de diciembre de 2023

Aceptado: 12 de junio de 2024

<https://orcid.org/0009-0004-7688-9173>

<https://doi.org/10.7203/KAM.24.28135>

N. 24 (2024): 735-765. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: Se analiza el modo en que la novela de Claudia Hernández, *Roza tumba quema* (2018), propone una reflexión crítica sobre la guerra y posguerra salvadoreña en la que el sacrificio propio de la militancia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) aparece imbricado con el de la maternidad, dos exigencias marcadas genéricamente que se manifiestan como tensión constante en la madre protagonista, así como en los vínculos madre-hija, hilos conductores de la novela. Siguiendo estos hilos se mostrará el papel crucial que las redes tejidas por las mujeres suponen para la supervivencia de la comunidad, especialmente en contextos de violencia y urgencia revolucionaria.

PALABRAS CLAVE: sacrificio, guerra salvadoreña, redes, mujeres, madres, revolución.

ABSTRACT: This paper analyzes the way in which Claudia Hernández's novel *Roza tumba quema* (2018), proposes a critical reflection on the Salvadoran war and post-war period in which the sacrifice of the militancy of the Farabundo Martí National Liberation Front (FMLN) appears intertwined with that of motherhood, two generically marked demands that manifest themselves as constant tension in the mother protagonist, as well as in the mother-daughter bonds, the main threads in the novel. Following these threads will show the crucial role that the networks woven by women play in the survival of the community, especially in contexts of violence and revolutionary urgency.

KEYWORDS: sacrifice, Salvadoran civil war, networks, women, mothers, revolution.

INTRODUCCIÓN: TENSIÓN

La novela de Claudia Hernández *Roza tumba quema* (2018, Editorial Sexto piso) propone una lectura muy determinada de la relación entre sacrificio político y maternidad en el contexto de la Guerra de El Salvador (1979-1992). En este artículo trataremos de analizar su propuesta desde la convicción de que forma parte de un movimiento cultural más amplio, y de un conjunto de textualidades que están revisitando las representaciones de los acontecimientos y procesos traumáticos que tuvieron lugar en la guerra. Como diferentes autores han señalado, la literatura aparece como espacio en el que dar voz y narrar aquello que no aparece en el discurso hegemónico. Un espacio en el que la perspectiva de género y las narraciones y voces de mujeres ocupan un lugar esencial para poder relativizar ese pasado y comprenderlo en toda su gama de grises¹.

La novela de Claudia Hernández carece de topónimos que permitan ubicar la trama, lo que subraya el intento de hacer de las expectativas vividas por las mujeres en esta guerra de El Salvador (1979-1992) un punto de referencia desde el que establecer relaciones con la experiencia de las mujeres en otros contextos guerrilleros². Contextos que, si bien se dieron de manera diferenciada a lo largo y ancho de Latinoamérica, presentan convergencias y similitudes en lo que respecta a la situación y, sobre todo, a las heridas de las mujeres que participaron en ellos, ya fuera voluntariamente o arrastradas por la marea de la urgencia revolucionaria.

Partiendo de la obra de Hernández, este artículo se propone analizar las representaciones de la maternidad en contextos de conflicto armado, en concreto durante y tras el conflicto salvadoreño. Para ello contrastaremos la dimensión sacrificial propia tanto del ideario revolucionario como de la maternidad y

1 En esta línea, encontramos otras narraciones con fuerte carga testimonial o directamente autoficcionales contemporáneas de autoría salvadoreña a propósito de este conflicto armado y de la participación de las mujeres en él que merecen mención, como la novela *Dios tenía miedo* [2011] (2016) de Vanessa Núñez, la autobiografía de Myrna López Águila, *Renata: memorias de una guerrillera* (2022) y el documental *Añil* (2023), bajo la dirección de Julio López Fernández y basado en las investigaciones de Paula Cuéllar sobre la violencia sexual acometida contra estas mujeres. Además, es preciso hacer referencia a las representaciones literarias de la guerra salvadoreña que realizan los escritores Horacio Castellanos Moya, Jacinta Escudos y Rafael Menjívar Ochoa.

2 Es un criterio conveniente, así como una práctica frecuente, la de analizar los procesos revolucionarios en función al contexto geográfico y temporal que ocupen en la historia. En el caso de los estudios con perspectiva de género, en concreto aquellos que recogen los testimonios de las mujeres que contribuyeron a estos procesos, es preciso referenciar a: Margaret Randall (1977 y 1995), a propósito de Cuba y Nicaragua, Marta Diana (1996) para el caso argentino, Karen Kampwirth (2007) y Clara Murguialday (1996) para Centroamérica y Chiapas, Norma Vázquez (1997) para el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador, Eugenia Meyer (2007) y Manuel Ramírez Chicharro (2019) también para el caso cubano, y Karin Grammatico (2011) y Alejandra Oberti (2015), en Argentina, entre otras. En ellos se analiza el papel, circunstancias y punto de vista de las mujeres en sus diferentes espacios y grados de participación en estos procesos, incluyendo cómo se ve alterada la afectividad, la sexualidad y la maternidad.

comprobaremos cómo esta tensión entre ambas afecta, condiciona y permea en los cuerpos de las mujeres y las madres como garantes de la supervivencia de la comunidad, de la tierra y de la transmisión de la memoria. De este modo, realizaremos una lectura materialista y feminista de los procesos revolucionarios latinoamericanos, donde subrayaremos el papel de la comunidad y la política de los cuidados que aparecen en la novela con el fin de asistir a las grietas en lo personal, lo íntimo y lo privado como consecuencias de la guerra³.

En primer lugar se abordará la guerra civil de El Salvador y las consecuencias que esta tuvo sobre las mujeres. Se revisitará la noción de sacrificio de las revoluciones socialistas y del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, y veremos cómo esta confronta con el sacrificio esperado en la identidad femenina, cuya culminación radicaría en la maternidad. Se planteará de este modo esa primera tensión entre las expectativas marcadas genéricamente a propósito del sacrificio, eje central en la lectura de la novela, y la manera en la que esta se resuelve cuando la lucha armada apremia. En segundo lugar, nos adentraremos en el texto para observar la manera en la que se representan los conflictos de este ideal revolucionario cuando estos recaen sobre la protagonista, guerrillera y madre superviviente de una guerra que no ha acabado en paz. De las roturas que experimentan los vínculos, las identidades y los cuerpos de las mujeres a raíz de esta violencia y tensión irresoluble, pasaremos a las suturas que proporcionan las redes de mujeres, redes de madres y compañeras que sustentan la vida y, en concreto, cómo esta sutura se simboliza en la restauración del vínculo madre-hija.

LA GUERRA EN EL SALVADOR. LA GUERRA EN LAS MUJERES

El nacimiento del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional está relacionado con la vorágine de movimientos insurgentes de corte socialista que fueron propagándose por Latinoamérica desde la Revolución Cubana a finales de los años 50, pasando por los diferentes movimientos de izquierda revolucionaria del

³ Partiré de los estudios feministas de las pensadoras y militantes a propósito del trabajo reproductivo, entre ellas Silvia Federici (2018, 2020, 2021), Leopoldina Fortunati (2019), Mariarosa Dalla Costa y Selma James (1975), Mabel Belluci y Viviana Normal (1998), así como Amaia Pérez Orozco (2019), que en un análisis marxista de las labores domésticas, de crianza y de cuidados llevadas a cabo por las mujeres no las sitúan como en una esfera aparte, sino perfectamente integradas y convenientemente utilizadas por el sistema capitalista hasta el punto de resultar imprescindibles para su mantenimiento. También de las reflexiones a propósito del feminismo comunitario, decolonial y latinoamericano de Julieta Paredes y Adriana Guzmán (2014), María Lugones (2011) y Francesca Gargallo (2007). A propósito de la identidad femenina y las expectativas, presiones y violencias que recaen sobre las mujeres, concretamente en Latinoamérica, ver Marcela Lagarde (1999), Marta Lamas (1996), Norma Fuller [1993] (2022) y Dariela Sharim (1999). En lo que a maternidades revolucionarias refiere, aunque en su caso el estudio se realiza sobre los casos chileno y argentino, resultan de fundamental consulta el trabajo de Tamara Vidaurrázaga (2005) y el de la ya mencionada Alejandra Oberti (2015). Para una historia crítica sobre la maternidad, sus significaciones y mitos, ver Elisabeth Badinter (1981).

Cono Sur, hasta las luchas que se dieron durante esas décadas en Centroamérica⁴.

Esta agrupación –fruto de la unión de diferentes organizaciones políticas de izquierda como el Ejército Revolucionario del Pueblo, el Partido Comunista de El Salvador, etc.⁵– surge en 1980 como respuesta a la dictadura militar y pobreza que vivía el país. Entre los aspectos fundamentales de su desarrollo se encuentran el ideario socialista y antiimperialista, la necesidad de la lucha armada y el apoyo de las masas para su éxito (Comandancia General del FMLN, 1983).

Una de las características más interesantes de esta insurgencia, como de muchas otras en Centroamérica, fue la estrecha imbricación entre la ideología revolucionaria y la Iglesia bajo la llamada Teología de la Liberación (Tommie Sue Montgomery, 1982b), doctrina que considera a Jesucristo el liberador de los pobres y los oprimidos y, por tanto, que condena toda injusticia y opresión contra el pueblo y alienta a luchar contra ellas. En palabras de Gustavo Gutiérrez:

Procurar la liberación del subcontinente va más allá de la superación de la dependencia económica, social y política. Es, más profundamente, ver el devenir de la humanidad como un proceso de emancipación del hombre a lo largo de la historia, orientado hacia una sociedad cualitativamente diferente, en la que el hombre se vea libre de toda servidumbre, en la que sea artífice de su propio destino (1972: 61).

Ello, sumado al asesinato del arzobispo Óscar Arnulfo Romero en 1980 –gran defensor de los derechos humanos que contaba con la amplia simpatía del pueblo salvadoreño–, propició la politización de los civiles, entre ellos las mujeres, tradicionalmente más unidas a la institución, lo cual explicaría parcialmente el hecho de que la participación femenina en estos contextos fuera mayor que en otros –contando solo a las guerrilleras, estaríamos hablando de un 30% del total–⁶, como el paradigmático caso cubano. El fin de esta insurgencia, que se desarrolló como

4 Resulta muy complejo tratar de relatar y relacionar los diferentes procesos revolucionarios que vivió Latinoamérica en el siglo XX en un solo párrafo, y sería a todas luces inadecuado explicarlos como simple secuencia ordenada de contagios sin atender a los antecedentes no solo del continente, sino de las propias historias de resistencia de los países particulares, así como contemplar las influencias y colaboraciones con otros países fuera del continente americano, cuestión en la que no nos detendremos aquí. Para una más exhaustiva comprensión de los procesos revolucionarios latinoamericanos es imprescindible consultar el clásico estudio de Jorge G. Castañeda (1995). Para los casos concretos de Centroamérica, ver Robert S. Leiken (1984).

5 Para una aproximación a la denominada “sopa de letras” de las organizaciones político-militares salvadoreñas, ver Tommie Sue Montgomery (1982a: 124).

6 Para un análisis materialista sobre las condiciones necesarias que propiciaron la participación femenina en Nicaragua, El Salvador y Chiapas, ver Karen Kampwirth (2007).

guerra civil, tuvo lugar tras los Acuerdos de Paz de Chapultepec, doce años después del inicio del conflicto armado.

No obstante, y como leeremos en la novela objeto de este análisis, estos acuerdos dejaron desatendidas muchas de las necesidades y reivindicaciones del pueblo salvadoreño, especialmente aquellas relacionadas con los pobres y las mujeres (Norma Vázquez *et al.*, 1996a: 51). En paralelo, la Comisión de la Verdad (1993), encargada de reconocer los delitos cometidos durante el conflicto, considera la violencia sexual contra las mujeres algo marginal dentro de las violencias sufridas, lo cual supone un análisis sesgado de aquellos años que no permite una reparación efectiva en las víctimas. En palabras de Paula Cuéllar, cuya investigación versa sobre la violencia sufrida por las mujeres durante la lucha armada en El Salvador (2022):

El haberse omitido investigar a profundidad las violaciones sexuales cometidas a las mujeres, adolescentes y niñas en el informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador y, además, al haber considerado este crimen como “un capítulo relativamente menor”, tuvo una serie de consecuencias que persisten hoy en día. Para mí algunas de las implicaciones son las siguientes: 1) Que se tolerara y condonara la perpetración de este tipo de hechos durante el conflicto armado y en el tránsito hacia la “paz”. 2) Que se cerrara el debate sobre este tema al no haber sido un delito de relevancia y perpetrado de manera generalizada y sistemática. 3) Que se obviara brindar una reparación integral a sus víctimas. Y es que, al ser el informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador un documento fundacional de lo que se suponía iba a ser la “nueva sociedad salvadoreña”, debieron haberse denunciado de forma contundente la perpetración de estos crímenes por parte de ambos bandos, a efecto de establecer un parteaguas con la violencia sexista y heteropatriarcal que, ineludiblemente, caracterizó a la guerra y, a su vez, sucedió a la misma.

Como gesto de resistencia a ese cierre del debate sobre la Historia reciente que denuncia la investigadora, y retomando los valores cristianos en los que se amparaba la ideología guerrillera, esta reivindicación precisa de una revisión con perspectiva de género del concepto de “sacrificio”, a su vez eje fundamental en el texto.

Además de la retórica sacrificial cristiana que arrastra la Teología de la Liberación, resulta imprescindible otro engranaje más en este desplazamiento de lo religioso a lo laico del sacrificio revolucionario: el modelo del Hombre Nuevo y del perfecto

guerrillero, cuyo símbolo por excelencia es Ernesto Che Guevara⁷. La fuerza que el mito alrededor del guerrillero adquiere entre las filas de las organizaciones revolucionarias puede comprobarse en las exigencias que recaían sobre sus miembros, quienes debían ser

patriotas dispuestos a luchar incansablemente, *sacrificando su comodidad personal y sus intereses individuales* por la causa de la Liberación popular, *dispuestos incluso a perder la vida* en esa lucha para cumplir con la misión histórica de ser los mejores hijos del pueblo, destacándose por su mística, su *profundo amor al pueblo*, el implacable odio contra los explotadores, una gran iniciativa revolucionaria, disciplina y alta conciencia política. Ese es el temple de quienes tienen la tarea de conducir al pueblo para abrirle paso a *una vida nueva, fecunda y feliz*” (Fuerzas Populares de Liberación, Manifiesto al Pueblo, 1977)⁸.

Exigencias que necesariamente resuenan con las que en su momento el mismo Guevara expusiera en uno de los textos fundacionales del ideal revolucionario, “El socialismo y el hombre en Cuba” [1965]:

Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese *amor a los pueblos*, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. *No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita* (...) Los dirigentes de la revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre; *mujeres que deben ser parte del sacrificio* general de su vida para llevar la revolución a su destino (2010:160).

Leemos aquí cómo la retórica del sacrificio se articula como eje fundamental para comprender el grado de implicación y compromiso que exigían las circunstancias de la lucha armada, lo cual condicionaría no solo la visión que se tuviera sobre la vida, sino también sobre la muerte. Dos mundos que, tradicionalmente, se entroncarían a su vez con la identidad femenina y masculina (Simone de Beauvoir, [1949] 1972: 109), identidades sobre las que el revolucionario ya expresa expectativas diferenciadas, siendo los hombres los sujetos de la revolución y las mujeres los objetos sacrificados, pues pertenecen a la vida privada y, por tanto, son las encargadas de mantener esa

⁷ A propósito de la evolución del icono que supone el guerrillero, desde símbolo revolucionario, pasando por religioso, hasta convertirse en objeto de consumo en la cultura actual, ver Pablo R. Cristoffanini (2015).

⁸ Este énfasis y todos los demás son propios.

“pequeña dosis de cariño cotidiano”, pero también quienes tienen la capacidad de engendrar esa “vida nueva, fecunda y feliz” (FPL, 1977) aspirada.

En la novela *Roza tumba quema* las dos esferas refieren al mundo de la militancia y al de la maternidad, ámbitos tradicionalmente plagados de esta retórica y que encarna la protagonista de la obra. Ya hemos comprobado cómo el sacrificio revolucionario exigiría la entrega total a esa causa mayor y abstracta que pasa por renunciar a los apegos que harían peligrar la revolución, entre ellos la familia. En paralelo, el sacrificio de una madre se cifra también desde la idealidad, pero se trata de una entrega opuesta en tanto que se realiza sobre un objeto concreto, el hijo (Tamara Vidaurrázaga, 2005: 241). Un sacrificio, además, acompañado de la retórica de ese mismo amor, afecto y apego a los que renunciaría el revolucionario. Si tenemos en cuenta que la socialización e identidad femenina se desarrolla a partir de la idea del sacrificio por los demás, un ser-de-y-para-los-otros (Franca Basaglia y Dora Kanoussi, 1985), un sacrificio por amor⁹, necesariamente ser mujer y ser revolucionaria plantea un conflicto irresoluble.

Sobre la centralidad de la noción de sacrificio en la construcción de género, Alva Gotby, en resonancia con Silvia Federici (2018), escribe:

El género funciona a través de la internalización de la orden de desempeñar el trabajo emocional y reproductivo. La exigencia de sacrificarse está en el centro de la feminidad normativa. No solo se entrena a las mujeres para que se sacrifiquen por los demás, sino que también se les anima a que obtengan placer de este trabajo (2023: 117).

Este sacrificio, como se ha señalado, culminaría con el ejercicio de la maternidad, que, en la forja de la identidad femenina, es el fin último de la expectativa que recae sobre los cuerpos de las mujeres. En palabras de Marcela Lagarde, se trataría de un

cautiverio construido en torno a dos definiciones esenciales, positivas, de las mujeres: su sexualidad procreadora, y su relación de dependencia vital de los otros por medio de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad. Este cautiverio es el paradigma positivo de la feminidad y da vida a las madresposas, es decir, a todas las mujeres más allá de la realización normativa reconocida culturalmente como maternidad y como conyugalidad (1997: 39).

9 A propósito de la autoexplotación femenina garante del patriarcado, ver Carola Pateman (1995), sobre el papel que presenta el amor en esta explotación, ver Mari Luz Esteban (2011), Federica Gregoratto (2017) Lena Gunnarsson (2015), Anne Jonásdóttir (1994), y sobre una revisión de estos conceptos y adecuación al contexto latinoamericano que nos interesa, ver Martha Elena Grajales Usuga (2022).

Es importante tener esto en cuenta a la hora de abordar los contextos guerrilleros, ya que, pese al relato masculinizado que se ha elaborado de los mismos, ha habido presencia y participación de mujeres en todos ellos¹⁰, existiendo sobre ellas las expectativas sacrificiales de ambos ámbitos: el militante y el maternal –masculino y femenino–¹¹, esto es, expectativas de género diferenciadas.

Para el caso concreto de El Salvador, la investigadora Dinora Aguiñada diferencia tres tipos de presencia y participación de mujeres en relación con el FMLN: las guerrilleras, las colaboradoras de las zonas controladas por el grupo revolucionario y las refugiadas, categorías distintas que, sin embargo, se asemejan en lo que a la división sexual del trabajo se refiere. Sobre las guerrilleras, apunta:

En el campamento existía una clara división del trabajo, los hombres estaban principalmente en estructuras militares y las mujeres en tareas de apoyo (cocineras, radistas, médicas, sanitarias, en finanzas y trabajo político de expansión). Pese a ser minoría, las mujeres destacadas asumieron mandos militares, pero el precio físico y emocional que tuvieron que pagar para demostrar que eran capaces de asumir un puesto destinado tradicionalmente a los hombres, fue muy grande. A la base de dichas políticas estuvieron los estereotipos de los roles genéricos (2001: 109).

En lo que respecta a las colaboradoras, sigue:

Estas zonas, conformadas por mujeres, ancianos y niños, constituían un espacio para oxigenarse y reabastecerse. Las mujeres *sostenían la vida de la comunidad* (alimentos, educación, salud), además de cumplir con los mandatos “de los muchachos”¹². Su colaboración consistía en la preparación de comida y la compra y traslado de alimentos, medicinas y ropa para la subsistencia de los guerrilleros (2001: 109).

10 Sobre esto, Manuel Chicharro, a propósito de la Revolución Cubana apunta: “Resulta complejo contabilizar cuántas mujeres colaboraron en los diferentes frentes del movimiento insurreccional y ponderar la repercusión de sus acciones. Para establecer una estimación sobre cuántas mujeres podrían calificarse como “opositoras” habría que delimitar qué se entiende por “integrar la lucha” o “participar en el movimiento opositor” (2019: 29).

11 Sobre estas exigencias diferenciadas dan cuenta los trabajos y recopilaciones testimoniales de las investigadoras ya referenciadas (ver nota 3).

12 Esta expectativa por parte de los guerrilleros sobre las mujeres de que ejercieran una maternidad social para la causa se refleja asimismo, como leemos a propósito de “los muchachos”, en el lenguaje, plagado de esa retórica familiar en la que ellos se referían a ellas como “madres” o “madrecitas” (Norma Vázquez *et al.*, 1996a: 193).

Similar a lo que describe a propósito de las refugiadas, sobre las que también persistía una división del trabajo en función a su género, siendo las encargadas de la educación y la salud, entre cuyas actividades se encontraba el control de la fertilidad (2001: 110).

Observando este hecho, cabe precisar que las luchas de las mujeres, especialmente aquellas que se recogían bajo el término de feminismo, en el mejor de los casos se planteaban como secundarias, pues se asumía que los problemas de género se resolverían como consecuencia de la revolución; primero la clase, que es la causa general, y después el género. Que estas luchas se considerasen, en efecto, diferentes, puede observarse al analizar la manera en la que estas se materializaban y organizaban, estando por un lado –el principal– los grupos socialistas encabezados por hombres y, por otro lado, los grupos formados por mujeres, cuyas acciones generalmente estaban supeditadas a los objetivos de los primeros. Ejemplo de ello son las asociaciones Frente Cívico de Mujeres Martianas (FCMM), en Cuba; la Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional (AMPRONAC), llamada posteriormente Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE), en Nicaragua, durante el proceso revolucionario sandinista, y la Asociación de Mujeres de El Salvador (AMES), entre muchas otras¹³. En otros casos, las preocupaciones feministas directamente se tildaban de individuales, o peor, individualistas, aburguesadas (Margaret Randall, 1992: 58). Esto, sumado a la poca presencia de espacios de reflexión y debate entre mujeres que podía permitirse la urgencia guerrillera, hizo posponer, incluso por parte de las propias mujeres, una organización de corte abiertamente feminista¹⁴. Sobre el caso concreto de El Salvador, Dinora Aguiñada explica:

Los programas de las organizaciones político militares no incluyeron las demandas de las mujeres y la presencia femenina en la vida política del FMLN fueron escasas. No obstante, durante la guerra surgen diferentes organizaciones de mujeres, vinculadas a las expresiones políticas del FMLN. Al finalizar la guerra, dichas organizaciones tratan de entender y

13 En esta línea, es preciso hacer un apunte sobre las asociaciones de mujeres madres de desaparecidos y asesinados que también, en la mayoría de casos, realizaban labores vinculadas a las luchas revolucionarias a lo largo y ancho de toda Latinoamérica y que merecerían su propio estudio. El ejemplo más conocido de ello son las Madres de la Plaza de Mayo, en Argentina, a las que se suman las Madres de Héroes y Mártires de Nicaragua, la asociación CoMadres, en El Salvador, y un largo etcétera.

14 Si bien las organizaciones de mujeres existieron en todos los procesos revolucionarios, estos no solían acogerse al término “feminismo” –aun atajando problemáticas innegablemente feministas como la crianza, la alfabetización de las mujeres, etc.–. Maruja Iglesias, dirigente del Frente Cívico de mujeres martianas (FCMM) en Cuba, en una entrevista con la historiadora y opositora política Elvira Vallina, subrayó “nosotras no luchábamos por los derechos de la mujer. Nosotras luchábamos por lo que era de beneficio para todos” (en Joseba Macías, 2015: 7). Sobre estudios recientes de la evolución de los movimientos de mujeres y del feminismo en América Latina, ver Dora Barrancos (2020), Katherine Marino (2021) y Ana Gabriela Rincón Rubio, Velvet Romero García y Araceli Calderón Cisneros (coord.) (2022).

aclarar su participación en la lucha política y social, a reflexionar sobre las desigualdades genéricas, sus causas y expresiones en la sociedad salvadoreña. Se dieron acercamientos al feminismo, lo que generó procesos de autonomía respecto a organismos partidarios (2001: 108).

De este modo, no ha sido hasta recientemente que la lectura y relectura de estos procesos revolucionarios han incidido en la cuestión de género como un eje clave no solo para la comprensión de dichos procesos, sino también para llevarlos a cabo con éxito. Al fin y al cabo, tal y como afirma la referente en estudios testimoniales de Centroamérica Margaret Randall, es el feminismo la propuesta que más profunda y extensamente sería capaz de llevar a cabo cambios sociales tan radicales como los que la revolución socialista plantea (1992: 22).

QUIEBRE, MUERTE Y TRASCENDENCIA

Roza tumba quema es la historia de una familia protagonizada por mujeres que vivieron la guerra y posguerra salvadoreña. A través de una narración en estilo indirecto libre, se nos van relatando los recuerdos de la madre guerrillera en la montaña, integrando el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional¹⁵, y su presente como superviviente que lucha día a día por garantizar un futuro a las cuatro hijas que viven con ella, dos de las cuales fueron dadas a luz durante la guerra. A esta lucha por la supervivencia de su familia se suma la búsqueda de su primogénita, niña que fue vendida por la organización guerrillera a un matrimonio parisino, y el intento por subsanar las heridas en el vínculo madre-hija.

La novela, de este modo, es una propuesta de recuperación de un pueblo dañado a través de las raíces, redes y vínculos familiares que cimientan las mujeres. Recuperación que, como se analizará, sigue el hilo de la maternidad, aquello que convierte a las hijas en madres y, posteriormente, en abuelas. Una recuperación que a su vez aparece plasmada en el mismo título, que hace alusión a una práctica de cultivo itinerante extendida en Centroamérica por la que la materia seca del suelo se quema después de la recolecta para limpiarlo y prepararlo para la siguiente siembra. Práctica, por otro lado, que puede llegar a erosionar sobremanera el suelo e impedir su fertilidad en caso de sobreexplotación (Estuardo Lara Ponce *et al.*, 2012). De esta manera, ya desde el título de la novela vemos significaciones referentes a los vínculos familiares y las raíces que, aun afectadas, permanecen en la tierra. Una tierra, cabe

¹⁵ Sobre la localización de El Salvador y de la organización guerrillera cabe insistir en que en ningún momento se explicita ningún nombre propio que nos permita afirmar con total seguridad que la historia se sitúe en este contexto. No obstante, dada la procedencia de la autora, la naturaleza del conflicto que describe y el consenso generalizado de la crítica a propósito de la ubicación de la trama, utilizaremos estos referentes.

destacar, aún pendiente de sanación para que puedan brotar en ella nuevas generaciones sanas, desprovistas de traumas (Sophie Large, 2019: 200)¹⁶. La tierra se entronca así con la maternidad siguiendo esa larga tradición simbólica que las convierte a ambas en metáfora de la otra. La novela y la violencia que la habita subraya de estas su carga de dominación masculina –conquista de la tierra como conquista del cuerpo de la mujer, cuestión analizada por las pensadoras y activistas ya mencionadas Federici y Fortunati, y también desde perspectivas indigenistas, por Sylvia Marcos (2017) y decoloniales, por María Lugones (2011), Julieta Paredes y Adriana Guzmán (2010) y Françoise Vergès (2021), entre otras– para revertir su condición de objetos y situarlas en el centro, en su valor como sujetos –más bien, red de sujetos– que garantizan la vida y poseen el potencial fundamental para el cambio. De esta manera, la tierra, como la madre y, con ella, el resto de mujeres de la novela, padecen las mismas violencias sobre sus cuerpos. Cuerpos de/en los que nacerán las generaciones futuras, igualmente afectados por esos traumas pendientes de cura.

La madre en esta novela es una y, al mismo tiempo, son todas. Desde un inicio, la llamada “la madre” se establece como la protagonista de la historia, esa madre de cinco hijas cuya primogénita fue vendida y llevada hasta Europa cuando solo era un bebé. No obstante, así como no existen topónimos –más allá de París–, tampoco existen nombres propios que hagan referencia a personajes. Todos se describen a partir, en todo caso, de epítetos y otras referencias circunstanciales que permiten ubicar el sujeto de la narración en un contexto concreto y, aun así, en ocasiones resultan insuficientes para conocer, con certeza, de quién se está hablando. Tal y como señala Large, también vinculándolo a la transmisión del trauma¹⁷:

La circulación de los traumas a lo largo de la genealogía femenina se da a conocer además por una serie de procedimientos discursivos que tienden a producir confusión en cuanto a la identidad de cada una de las mujeres de la familia, así como al lugar ocupado por ellas dentro de la genealogía. El más evidente es la ausencia total de nombres: las protagonistas aparecen designadas por su rango en la familia: la abuela, la madre, la hija primogénita –también designada como “la hija perdida” o simplemente “hija”–, “la primera de las hijas que se criaron con ella” –también llamada

16 Para una mayor profundización de la cuestión del trauma y la memoria traumatizada en Latinoamérica, ver Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada (eds) (2012), Roland Spiller, Kirsten Mahlke y Janett Reinstädler (eds.) (2020) y, en concreto para los casos revolucionarios centroamericanos, Celina Manzoni (2020), Werner Mackenbach (2020). Sobre el concepto de “sanación”, especialmente relevante en las comunidades indígenas y, aún más especialmente, entre las mujeres indígenas, resulta interesante la entrevista realizada por Jules Falquet a la activista maya Lorena Cabnal (2015).

17 Para un estudio del trastorno de estrés post-traumático presente en la sociedad salvadoreña y en los supervivientes de la guerra, así como en las generaciones que los suceden, ver Julia Dickinson-Gómez (2002).

“hija” –, “la segunda de las hijas que se criaron con ella” –también llamada “hija” –, etc. Ello, en ocasiones, puede provocar confusión en la identificación de los personajes, tanto más cuanto que una misma mujer puede ser designada con varias denominaciones: la abuela, por ejemplo, aparece a veces como “abuela” y otras como “madre”; y lo mismo pasa con la madre que aparece en ocasiones como “madre” y en otras como “hija”, de modo que, dentro de la misma familia, nos encontramos con varias madres y varias hijas en posiciones genealógicas distintas, designadas con una única palabra (2019: 197).

Este recurso que diluye a todos los personajes en un gran conjunto, al mismo tiempo que los mantiene sujetos de un hilo que los diferencia, plantea una intercambiabilidad de los referentes muy interesante en lo que respecta al sintagma “la madre”. Pues madre, en mayor o menor medida, llegan a ser casi todas las mujeres que habitan la novela¹⁸.

Siguiendo la línea que estudias de *Roza tumba quema* como Sophie Large (2019), Alexandra Ortiz Wallner (2019) y Selma Rodal Linares (2022) han convenido, este sujeto único y al mismo tiempo plural permite inscribir la propuesta de Hernández en esa memoria colectiva formada de subjetividades concretas pero, al mismo tiempo, compartidas. La madre es casi todo el tiempo esa protagonista, pero también es “la madre” su madre, algunas de sus hijas, sus diferentes suegras, las compañeras de guerrilla y la madre adoptiva de su primogénita. El hecho de que cada una de estas mujeres haya ejercido su maternidad de manera diferente pero que a todas se las contemple bajo el mismo término convierte la maternidad en un eje casi identitario, primer punto de partida para la sutura de los vínculos y las redes. Pero antes de suturar, debe haber roturas en el tejido.

Sabemos que la madre protagonista, desde muy joven, siguió a su padre a la montaña para combatir junto con el resto de rebeldes. En paralelo, la abuela –que aún no lo es– se quedó con el resto de sus hermanos y hermanas y dejó que esta se marchara, hecho que pesará en la memoria de la protagonista:

Siempre se ha preguntado por qué no lo hizo [ir a buscarla]. Ha tratado de creer que fue porque tenía muchos hijos, pero la respuesta no la convence:

¹⁸ Para evitar la confusión de personajes en este artículo, los referentes que se utilizarán serán los siguientes: la madre protagonista, la primogénita –la hija vendida a la familia parisina–, y la abuela –la madre de la madre protagonista–. Dado que el personaje del padre guerrillero muere antes de ser abuelo, será este el sintagma con el que se le identifique.

ella, aunque hubiera tenido treinta o cuarenta niños, *habría dejado todo por ir a traer a la que le hacía falta*, así estuviera en la selva (2018: 16).

Aquí la protagonista se está expresando desde una voz previa a la maternidad. El reproche de una hija a su madre nace de la expectativa de no abandono, de búsqueda. Abandono que, a su vez, le reprochará la primogénita a la que fue a buscar a París llegado el momento:

Ella pensaba que hacía todo lo que podía. Incluso, más de lo que la señora merecía porque, sin importar lo que dijera o las historias que le contaban, *era un hecho que la había abandonado*. Nadie podía sacarle eso de la mente. Se preguntaba qué habría tenido o hecho ella para que lo hiciera. Los investigadores le decían que había sido culpa de la guerra (2018: 46).

No es anecdótico señalar que el término de “la madre” y otros pronombres relacionados con la vinculación familiar están presentes durante toda la novela salvo en los momentos en los que la narración pertenece a la primogénita, que, en su lugar, como se aprecia en este fragmento, se refiere a ella como “la señora”. El abandono, en el caso de la relación con la primogénita, elimina la posibilidad de referirse a su madre en términos de “madre” y se plantea de este modo como el elemento principal que alimenta esas tensiones entre madre e hija. Por otro lado, estos resentimientos no son rastreables en el vínculo con el padre.

En la novela, el padre de la protagonista aparece como figura casi mítica, la persona que la instruyó para defenderse en la montaña y que, dentro de la organización guerrillera, le brindó protección. Después de su muerte, su recuerdo aún sigue pesando ideológicamente, activando la culpa en la madre protagonista en los momentos en los que se debate entre tomar una decisión coherente con el sacrificio que exige el ideal revolucionario y que le enseñó su padre o con el que exige la maternidad.

No importaba que la guerra hubiera terminado y que las publicidades dijeran que eran todos hermanos y que reinaba la convivencia, no quería ver a su hija en el ejército. (...). No quiere imaginarse *qué habría dicho su propio padre si supiera que su nieta estaba en las filas de los que habían incendiado su casa y dejado sin hogar a sus hijos*. (...). No podía esperar que se casara y tuviera hijos, y se quedara ahí para siempre cuidando niños, campos y gallinas. ¿Por qué no? A ella le habría gustado. Lo habría preferido a andar en las montañas con armas al hombro. Si lo había hecho era para que ellas pudieran tener todo eso que ahora ella no quería (2018: 116).

La figura del padre, quien sería abuelo de la hija que no quiere dedicarse a una vida estereotípicamente femenina, dedicada a garantizar el cuidado de la familia y de la tierra que habita –“niños, campo y gallinas”–, aun pasada la guerra prolonga las tensiones entre la madre protagonista y esta hija, pues es precisamente por la memoria del padre por la que la madre protagonista se resiste a dejar a su hija hacer las pruebas para formar parte del cuerpo de policías. Este recuerdo, acompañado de sus ideales, hace reverberar estos lazos cada vez que las exigencias de la maternidad se imponen. Más adelante, esta formulación se repite:

Ellas y las otras que combatieron preferirían que sus hijas no tuvieran que luchar por nada, *que su pelea hubiera sido suficiente para cambiar el mundo y librarlas de esa necesidad*, pero no era algo que estuviera bajo su control. Quizá nunca lo había estado. (..) *A su padre no le gustaría saber que, después de todo, ella pensara así*. A ella no le habría gustado que él llegara a enterarse de que todo su sacrificio había sido en vano, aunque él dijera que no lo había sido y *quisiera ver grandes cosas en detalles pequeños*. (...) Quizás había sido mejor que muriera en el tiempo en que lo hizo, *cuando todos estaban convencidos de que triunfarían* y de que la vida sería diferente cuando la guerra terminara (2018: 179).

La insistencia de la memoria del padre se comprende precisamente por su muerte en un tiempo donde todo parecía posible. La protagonista, como superviviente de la guerra y como madre, sabe que la vida exige tipos de sacrificios concretos, como el que ella y otras compañeras hicieron, precisamente, para evitar que sus hijas tuvieran que hacerlos. Durante la guerra, cualquiera que entregase el cuerpo a ella se sabía como potencial mártir, pues el triunfo no estaba asegurado y, por descontado, tampoco sobrevivir. La constante exposición al peligro impidió la reflexión acerca de cómo preservar la vida, cómo cubrir las necesidades no solo de los guerrilleros, sino de las personas que dejaban atrás, pues los ideales revolucionarios –esto es, masculinos– apremiaban. Esto explica que incluso la maternidad –o, mejor, la fecundidad– también estuviera teñida del discurso de la trascendencia, motivo por el que, a pesar de todos los elementos disuasorios y penalizaciones por parte del FMLN, no dejó de haber nacimientos. De esta tensión surgen testimonios contradictorios, reflejo de ese sacrificio genérico incompatible. Facundo Guardado, dirigente del FMLN, en una entrevista realizada en 1995 por Norma Vázquez *et al.*, afirma:

El embarazo se asociaba con falta de disposición, con falta de entrega al trabajo, como que era perder a alguien que está pensando más en su familia que en sus hijos. No se llegó a prohibir que las parejas tuvieran

hijos, pero tampoco era bien visto, no se aplaudía que una pareja en la clandestinidad tuviera hijos (1996a: 191).

En paralelo, Esperanza, guerrillera en el frente, explica:

Cualquier muchacho guerrillero quería que su compa tuviera un hijo porque si me van a matar cualquier día, hoy, mañana, dentro de una hora, decían, *que quede un hijo*. También tiene su connotación machista, porque ante todo pensaban que lo importante era la sangre que quedara. Las mujeres estábamos siempre con esa presión (Vázquez *et al.*, 1996a: 195).

De igual modo lo corrobora Ernesto Zamora al abordar el tema del control de la natalidad en el FMLN, responsabilidad por descontado a cargo de las mujeres¹⁹, pues “Sólo se conocieron tres casos de cheros que se hicieron la vasectomía, para el resto eso significaba una vergüenza, todos eran muy afectos a querer *dejar su semillita sembrada*, entonces todos querían ser papás” (Vázquez, 1996a: 199). Estos deseos de trascendencia, esa semilla que queda como legado, quedan asimismo reflejados en la novela y en el cuerpo de la madre protagonista:

Solo sabían que, en cualquier momento, cualquiera de los dos podía estar muerto. Y que también podían morir ambos. En el contexto de la guerra, el futuro no existía, acompañarse no era gran cosa y *esperar una hija era una forma de sobrevivir, de perpetuarse*, aunque algunos consideraran que eso, y la velocidad, era una característica de las especies débiles. (...) *Algo de ellos quedaría en tierra*. Incluso si nadie lo reconocía, la nariz de él y los ojos de ella andarían a diario por ahí. Cuando la guerra terminara, algo de ambos quedaría para el que sobreviviera o para sus familias. La abuela lo entendía. Por eso, cuando regresó a la ciudad con la noticia del embarazo, no hubo sermones ni escándalos, sino abrazos y agradecimientos (2018: 150).

La muerte supone el nacimiento de un nombre y la perpetuación de un ideal y esta perpetuación necesita un cuerpo para materializarse: los hijos. Si bien no todas las

19 Sobre el control de la natalidad en el FMLN, huelga precisar que los métodos anticonceptivos estaban dirigidos a las mujeres y, por tanto, también recaía sobre ellas la responsabilidad sobre su sexualidad y posible concepción. Norma Vázquez así lo explica en un foro de discusión sobre la participación de las mujeres en conflictos armados en Centroamérica y Chiapas: «Esta sacudida al continuum sexualidad-reproducción no tuvo el mismo impacto en los hombres. Al dirigir exclusivamente las políticas de contracepción a las mujeres, el FMLN desaprovechó una oportunidad para combatir la irresponsabilidad masculina en el ejercicio de su sexualidad y reforzó la idea de que son las mujeres las únicas responsables de las consecuencias de una relación sexual sin precauciones», (1996b: 5).

organizaciones revolucionarias latinoamericanas compartían la misma visión acerca de la natalidad y crianza entre sus filas²⁰, ese futuro imaginado precisaría de niños que lo habitasen o que, en su defecto, luchasen para propiciarlo. A propósito de esto, resulta ilustrativo el testimonio de Carla, simpatizante del FMLN:

A las combatientes les ponían pastillas, inyecciones, a saber de dónde conseguían la medicina pero se las ponían; a nosotros nos decían de tener muchos hijos porque *se necesitaban manos para agarrar los fusiles* (Vázquez, 1996: 201).

Así pues, la trascendencia necesita de un objeto concreto en el que poder realizarse. Si no a través de los hijos, a través de la herencia de la memoria que afecta a los supervivientes. En su caso, la figura del padre ahora muerto pertenece a lo ideal, a lo abstracto, al mundo del Hombre Nuevo cuya entrega venía impulsada por ese triunfo prometido tras la guerra. Un triunfo que, en tanto que invisible por ser un futuro imaginado, no puede permitirse detenerse en las cuestiones materiales, concretas, que en este caso preocupan a la madre protagonista y a las hijas: cómo sobrevivir durante y después de la guerra en un mundo en el que la revolución no ha culminado.

La incompatibilidad de mantenerse firme y coherente con el ideal revolucionario, con la misión de garantizar la seguridad, alimento y cuidado de las hijas, esa “pequeña dosis de cariño cotidiano” a la que refería el Che, termina resolviéndose por el segundo término. No en vano, como se indicó previamente, el padre, junto con sus ideales, pertenece al pasado, al mundo de los muertos y, por tanto, de los héroes caídos y de la memoria. En *Roza tumba quema* la muerte permite esa trascendencia en forma de construcción mítica que sirve de cuento contado a los hijos, de ejemplo y modelo. Así lo expresa otra de las madres de la novela a propósito de su marido y padre de su hijo, también superviviente de la guerra: “A veces pensaba que habría sido mejor que hubiera caído en la guerra para que la madre no tuviera que pasar por lo que pasaba ahora y hubiera podido construirle una historia en la que fuera un héroe” (2018: 195). A diferencia de lo que ocurre con los muertos, alrededor de los

20 Mientras que, por ejemplo, entre los Montoneros en Argentina no hubo control de la natalidad, a pesar de que esta tenía evidentes y nefastas consecuencias para las mujeres (Oberti, 2015), en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile se desarrollaron proyectos alternativos –que no necesariamente gozaban de la aprobación de toda la organización– en los que a los hijos se los criaba y formaba en Cuba para poder continuar el legado ideológico de los padres (Tamara Vidaurrázaga, 2012, Vidaurrázaga y María Olga Ruiz, 2018). En paralelo se desarrollaba todo un entramado de discursos, relatos y canciones que alentaban a las mujeres a tener hijos que sirvieran a la causa o a que alentaran a los que ya tenían a participar en ella. Ver, por poner tan solo unos ejemplos, Luis Ortolani “Moral y proletarización” [1972] (2005), la representación de las mujeres en los murales de la Revolución Sandinista en Nicaragua (Penélope Plaza, 2010), la colección de cuentos *Los guerrilleros de Chinchontepec y el Guazapa*, de Camilo Valqui (1983), o la canción “Gurisito” de Daniel Viglietti (1971), etc.

vivos, incluso cuando se han sacrificado por la causa revolucionaria, no pueden construirse leyendas heroicas que reparen esos vínculos quebrados. Menos aún si se trata de mujeres y madres.

Sobre el reproche de su hija, la protagonista se pregunta: “¿Por qué no apreciaba su sacrificio? En parte, porque no había dado detalles de su sacrificio.” (2018: 116). El silencio sepulta la memoria que permitiría comprender esas disonancias entre las madres y las hijas. Silencio, por otro lado, muy difícil de combatir debido a las profundas heridas y traumas que arrastran sus supervivientes y que, además, incluso viéndose solventado, a duras penas podría restaurar el abismo entre ambas generaciones (Hilda Gairaud, 2010: 81). Al fin y al cabo, la madre protagonista comparte con su padre ese pasado idealista donde podían comprenderse los sacrificios que se llevaron a cabo durante esos años, pero sus hijas no han vivido la urgencia revolucionaria más que como su fracaso que en el presente las ha condenado a la pobreza y a un constante estado de alerta para seguir sobreviviendo. A diferencia de ellas, la madre protagonista habita dos universos: el guerrillero y el materno, el masculinizado y el feminizado, dualidad que afecta tanto al vínculo con sus hijas como al que mantiene con su propia madre, la abuela. En una de las ocasiones en las que la madre protagonista vuelve a casa de la abuela para dar a luz y criar a su recién nacida durante unos meses –el tiempo que el FMLN le permite–, la abuela se sorprende al observar sus habilidades:

Ella la había dado a luz, pero no le había enseñado nada de lo que la había ayudado a sobrevivir. Lo único que le enseñó fue a cocinar. El año en que llegó a buscarla porque estaba embarazada de su segunda hija y había resuelto no separarse de ella, se encontró con que no sabía hacer nada que no tuviera que ver con fusiles, operaciones y envíos de mensajes. No podía ayudarla a lavar y planchar la ropa que le encargaban: tenía las manos demasiado recias (2018: 231)²¹.

Esta formación militar corresponde a la que la madre protagonista recibió en la montaña cuando integraba las filas del FMLN de la que también formó parte su padre. Estas mismas habilidades serán las que, ante los momentos de peligro, quiera enseñar a sus hijas:

Le dio a la mayor una pistola que un amigo le había prestado tras el anuncio de la visita y le ordenó que disparara si el hombre llegaba a entrar. Ya la había entrenado para usarla a pesar de su renuencia a hacerlo y de

21 Sobre las dificultades que vivieron las mujeres excombatientes para reincorporarse a la vida laboral después de la guerra en El Salvador, ver Jules Falquet (2002).

las lágrimas que soltaba. Le enseñó a tener puntería entre llantos. Le explicó que las vidas de sus hermanas podían depender de eso. Así que, *si no quería hacerlo por ella, debía hacerlo por las otras* (2018: 200)²².

En este fragmento se ve la conjunción entre los dos mundos disputados en la madre protagonista: la que ha recibido entrenamiento militar y nociones para reaccionar ante situaciones de violencia y guerra, y la que quiere proteger la vida de sus hijas. Estos dos valores radican en esa última oración, por la que pide a la hija que se sobreponga al miedo pensando en sus hermanas, en algo que trasciende a su yo y que, sin embargo, es concreto y está vivo. Una trascendencia que no tiene tanto que ver con el ideal de la causa revolucionaria, ese futuro libre y justo por el que merece la pena hacer sacrificios, sino una basada en el afecto material, el amor familiar, el esperado en una madre²³.

Estos dos mundos que incorpora la madre protagonista se manifestarán en el nombre, primer reconocimiento de identidad. Aun desconocido, sabemos que también es doble: aquel que le dio su madre al nacer y aquel que le fue dado en la montaña, su nombre en clave para minimizar los riesgos en la clandestinidad. Estos nombres, como ocurre en numerosas ocasiones en la tradición familiar, se heredan también de compañero en compañero caído como recuerdo, como forma de honrar su muerte y como bautizo que da lugar a esa nueva identidad revolucionaria. De este modo, se establece una oposición identitaria que la abuela rechazará en silencio:

Ellos le hablarán del mérito y del honor que debería ser para su hija usar el que le dieron en las montañas. Ella dirá que su madre es ella, no las montañas. Ellos no estarán de acuerdo. Dirán que nació de nuevo cuando estuvo en ellas. La madre querrá decir que las montañas la mataron un poco, pero no podrá porque la hija intervendrá (225).

Efectivamente, tal y como apuntan ambos, los vecinos ex combatientes y la abuela, la madre protagonista murió en cierto modo al recibir su segundo nombre, pero esta muerte se vuelve a connotar de manera diferenciada. El nacimiento de la guerrillera es la muerte de la mujer civil, pues debe renunciar lo que conlleva esta vida, especialmente a aquello que la ate a esa vida. Una muerte que se envuelve en la retórica del honor, pues la madre protagonista pasará a ser miembro de esa organización que idea ese futuro mundo nuevo, pero que aparece como pérdida

22 Esta escena responde a un ajuste de cuentas pendiente con el hijo de un antiguo compañero de guerrilla al que la madre rechazó.

23 A propósito del amor abstracto de la causa revolucionaria y el concreto relacionado con la maternidad y su convergencia en contextos de urgencia revolucionaria, ver Tamara Vidaurrázaga (2005).

desde el punto de vista de la abuela, pues, pasada la guerra, las heridas en su identidad primigenia, en el cuerpo que recibió un nombre al nacer, seguirán ahí.

La muerte para la abuela tiene dimensiones corpóreas, terrenales, que se expresan de igual modo cuando sabe que su propia muerte se acerca. En la escena, ella y la madre protagonista discuten sobre el entierro de la primera, que quiere dar los pocos ahorros que tiene a su hija, la madre protagonista, para que los invierta en sus nietas:

A ella le parecía absurdo: estaba por morir, no había dinero que pudiera impedirlo. En cambio, podía comprar mejores días para su nieta (...). Además, le dará el gusto de poder hacer algo por ellas. La hija no quiere que se sienta culpable.

Ella le dice que no se siente así. ¿Cómo podría? Hizo todo lo que estuvo en su mano. Por eso se sentiría mal si no hiciera algo por los ojos de la niña ahora que puede.

Jura que no es el dinero del que le han enviado sus hijos ni nada que hubiera retenido de las otras hijas que tuvo. Nadie llegará a reclamarle nada ni a reprocharle.

Ella prefiere que lo guarde para su entierro: necesitarán cada centavo entonces.

La madre se ríe. Dice que los entierros no cuestan nada: basta con abrir una zanja en el patio (236).

Una vez más, la realidad más material se impone y lo que importa, en este caso a la abuela, es garantizar la protección y mejor vida de su familia, en este ejemplo particular, destinando sus ahorros para comprarle unas gafas a la nieta más joven, quien todos piensan que tiene problemas de visión²⁴. La trascendencia aquí no aparece ligada al recuerdo, al mito o tan siquiera al lugar de memoria que podría ser su tumba, pues con abrir una zanja en el patio basta para enterrar un cadáver, lugar sobre el que podría existir la conmemoración de su vida en las posteriores generaciones. En su lugar, la trascendencia de su “yo” aparece cifrada en la supervivencia de sus nietas. No importa el nombre –del que todas carecen en la novela–, sino el cuerpo vulnerable. De este modo, frente a la muerte que supone la trascendencia del padre, la de la abuela deja un legado tangible, aunque invisible.

24 Sobre este hecho, Sophie Large (2019: 197) analiza la metáfora a propósito de la ceguera de la única hija que no nació durante la guerra, sino después, en relación con el silencio de la madre a propósito del trauma, que impide ver. Más adelante, en la novela se conoce que la hija no tiene problemas de vista, sino de motricidad, igualmente una posible metáfora a propósito de la incapacidad de moverse hacia adelante de las generaciones posteriores a la guerra, debido precisamente a ese trauma no curado heredado.

SUPERVIVENCIA Y SUTURA

Como se comprueba de los extractos del texto, la supervivencia en *Roza tumba quema* aparece constantemente cifrada a partir de estos dos ejes, estas dos esferas que, más que esferas, equivalen a partes de una pirámide cuya base es ese sacrificio maternal, esa red de mujeres que permite precisamente que puedan existir esos sacrificios revolucionarios. Durante la guerra, la abuela a la que se le reprocha ese supuesto abandono a pesar de que fue la madre protagonista quien decidió marcharse a la montaña, será al fin y al cabo la encargada de criar a sus nietas cuando su hija, la madre protagonista, les dé a luz y vuelva con sus compañeros en armas.

La primera ruptura en el vínculo materno-filial es la que supone separar a una madre de su bebé, abandono que supone casi una mutilación dada la construcción de la identidad femenina basada en su realización mediante la maternidad (Marcela Lagarde, 1997:740). Esta ruptura será impuesta por la organización, en el caso de la primogénita, como “castigo que habían decidido para la pareja por su falta [había sido] entregar a la niña para juntar fondos para la causa que defendían” (61). En el caso de la segunda hija, exigiendo el retorno de la madre a la montaña una vez la hubo parido:

Obvió las primeras sugerencias de volver e ignoró los llamados que le hicieron. Puso todos los pretextos que pudo para alargar su estancia con su hija, que se parecía mucho a la primera. Pero reaccionó un poco cuando vio a su hermano en el ejército y luego un poco más cuando llegó el momento en que la guerrilla entró a la ciudad y ella quedó atrapada en una zona controlada por el ejército. Sintió la necesidad de salir del escondite improvisado en que la mamá y las hermanas se habían resguardado y de salir a combatir. (...). Quería no sentirse inútil, poder decirle a sus compañeros de lucha cómo quebrar la débil resistencia que tenían los soldados, no tener que salir protegida por la gente de los comandos de salvamento y tras una bandera blanca. No creía en la rendición. Si lo hacía era solo por su hija y por la esperanza de ver a su otra niña (173-174).

Quien quedaría a cargo de esta segunda niña, quien la criaría como si fuera su propia hija, sería la abuela. La sutura del vínculo se mantiene porque la garantía de la supervivencia, tanto de la vida como de la memoria, se delega en la madre de la madre. Este vínculo donde se propician desplazamientos sobre la identidad familiar, pues la abuela será la madre de la criatura hasta que la madre protagonista vuelva, a su vez se verá rasgado al acabar la guerra. Así, poco a poco, la novela deja que nos adentremos también en la conciencia del personaje de la abuela. Quien en un

principio aparecía desdibujada desde el resentimiento de la hija, ahora aparece como otra mujer que igualmente padeció y sigue padeciendo, desde otros lugares del sacrificio, la urgencia de la guerra y su fin:

Le alegraba que la guerra hubiera terminado y que su hija estuviera con vida y con capacidad de hacerse cargo de la niña, pero también sentía dolor porque la nieta era como su hija y su nieta al mismo tiempo, y al mismo tiempo su esposo y los demás hijos vivos y las hijas muertas en un solo cuerpecito. No quería devolverla, pero debió hacerlo porque su madre la reclamaba y esa madre que la reclamaba era hija suya (238).

Los conflictos revolucionarios y la guerra no solo rasgaron el vínculo establecido entre las madres y sus hijos, sino que impusieron un segundo quiebre a la llegada de la paz –paz entendida como cese de la lucha armada– en aquellas mujeres que ejercieron a su vez de madres (Dinora Aguiñada, 2001: 113). En palabras de Norma Vázquez, cuyo aporte a los estudios testimoniales de El Salvador a propósito del FMLN nos resulta imprescindible (1996b: 6):

Llegada la paz, la búsqueda compulsiva de hijos e hijas que se quedaron con otras personas y el elevado número de embarazos nos llevan a concluir que la maternidad sigue siendo una meta importante para las mujeres que participaron en la guerra. Por otra parte, el silencio del FMLN durante la posguerra en relación con la compleja recomposición de los vínculos madre-hijo/a y los conflictos que se generaron en los niños y niñas, sus madres biológicas y las mujeres que se encargaron de cuidarlos, es una de las más lamentables manifestaciones de su desconsideración hacia los sentimientos de las personas y de su incapacidad para potenciar nuevas formas de relación humana cuando las tradicionales entran en crisis.

Esa recomposición de los vínculos se convierte en una tarea individual, apolítica, de la que las organizaciones que imaginaban un mundo nuevo, solidario, libre y justo, se desentienden, así como las nuevas políticas de paz.

Estas heridas despolitizadas se materializan en la novela a partir de fragmentos de la memoria de la madre que se ubican en las montañas, pero también en el presente, cuando los fantasmas del pasado reclaman venganza. A propósito de esto, cabe recordar una vez más que el conflicto salvadoreño fue una guerra civil a la que se puso fin mediante una serie de acuerdos entre los insurgentes y el gobierno. Acuerdos que, por descontado, no saldaron las deudas personales ni repararon muchas de estas heridas abiertas en las comunidades y las familias (Paula Cuéllar, 2014). Deudas que en la novela aparecen desplazadas al ámbito de lo personal, esto

es, lo privado, viéndose saldadas siguiendo dinámicas de venganza que muchas de las veces heredaba la siguiente generación. Sobre las agresiones y violaciones por parte de hombres hijos de antiguos combatientes y soldados en la guerra a las niñas de la comunidad, leemos:

Ya había sucedido antes. Las niñas no decían porque las amenazaban con matarlas o con matar a sus mamás si contaban. Los caporales decían que no podían hacer nada al respecto: eso era una finca, no una guardería. (...) Los asuntos privados eran asuntos privados. Ellos podían solo proteger el café (...). Los amparaba la protección de la propiedad privada (III).

Como comprobamos a propósito de este fragmento, la perpetuación de la violencia sobre las familias y ensañada, especialmente, en las mujeres se cifra por parte de las autoridades como asunto privado que debe resolverse, por tanto, de manera privada (Noemy Molina, 2015; Ana Landa Ugarte y Morena Soledad Herrera Argueta, 2011; Mo Hume, 2009), esto es, en la esfera de las mujeres por antonomasia.

Estos recuerdos de violencia, así como otras dificultades como la ausencia, las enfermedades y malestares o la pobreza aparecen constantemente reparados por la organización de la vida que protagonizan las mujeres de la novela. Así como durante la guerra la abuela crió a su nieta mientras la madre protagonista combatía, ante cada nuevo reto tras esta –el viaje a París que impedirá que la madre pueda hacerse cargo de sus hijas, los pagos de la universidad de una de ellas, un nuevo nacimiento, etc.–, las redes de mujeres se despliegan para cubrir esos huecos, para remendar las roturas en el tejido y garantizar la misma supervivencia. Así lo leemos a propósito de las niñas, las hijas de la madre:

Las niñas la convencieron de que comenzara por la pequeña. Y la pequeña la convenció de dejar ir a la segunda a estudiar a la universidad. Le dijo con palabras de niña que ella podía darle lo que su papá le enviaba para cubrir los gastos (102).

Aquí las hijas organizan sus posibilidades para poder cubrir las diferentes necesidades y deseos de las hermanas. Una organización que permite que pueda existir la vulnerabilidad, pues bajo esta hay una red de mujeres, en este caso niñas, que garantizan la continuidad de la vida. Una vulnerabilidad que, por su lado, no pudo permitirse la madre cuando fue madre, ya que la urgencia revolucionaria planteaba sus propias entregas y sacrificios del todo incompatibles con la maternidad. Cuando la hija de la madre protagonista se quede embarazada, esta será consciente del cambio generacional:

Ella no era como la madre, que podía correr y combatir mientras la gestaba a ella (...). No. Ella es de las que necesitan estar acostadas mañana, tarde y noche por tres meses durante el primer embarazo, por seis durante el segundo y por los nueve para el tercero. Es de las que deben caminar lento y con ayuda, y pedir a otra mujer que haga las cosas de la casa por ella. (...) Esa mujer podría ser la madre (...). Las hermanitas pueden colaborar también (109).

Cuando la madre se convierta en abuela y su hija le exprese sus preocupaciones acerca del futuro, el deseo de reponer y reparar propios de la maternidad –en concreto, del llamado “trabajo reproductivo”– se manifestarán:

Lo que encuentra es el ofrecimiento de ella de cuidarle a la niña todo el tiempo que ella esté estudiando. Puede bañarla, dormirla, darle de comer, cantarle nanas, asegurarse de hacerla crecer. Sabe hacerlo sin dinero. Conoce plantas y flores que ayudan a resolver. Conoce gente que puede donarle camisitas, mantas, algunos juguetes. Nada sería nuevo, como quiere el padre, pero ayudaría a salir del problema. Los bebés no se fijan en esos detalles. Perciben solo los olores y la sensación de seguridad, que nunca le faltaría (108)²⁵.

Esta preocupación atiende a la vida sensible y real y, junto con las escenas de violencia y pobreza, es la que habita la novela, casi como una respuesta inmediata a cada rotura. Esta sutura consecuente, al estar ligada a la ausencia de nombres propios y a la abundancia del sintagma “la madre”, plantea una red de mujeres directamente asociada a la garantía de seguridad, protección y cuidados que brinda la sororidad, la comunidad y la maternidad. Red que funciona así mismo como

coro imperfecto e interrumpido que deviene comunidad audible, una comunidad de mujeres que da origen por y para sí misma a una ética del cuidado que asegure la sobrevivencia por sobre la muerte. Tanto durante como después de la guerra es la búsqueda de la sobrevivencia la fuerza que pone en marcha los relatos y la posibilidad de escuchar sus voces a través de la narración extradiegética que, a su vez, se ve afectada por la matriz de

²⁵ Resulta pertinente destacar que aquí, aunque breve, vuelve a aparecer el contraste entre las preocupaciones de las mujeres y la del padre. La madre, aquí ya abuela, conoce la manera de cuidar a su nieta desde lo más material, desde sus necesidades más fundamentales que refieren a la mente y al cuerpo. Por otro lado, al padre de la criatura le preocupa que las cosas que reciba su hija no sean nuevas, signo de pobreza que, de cara a la sociedad, de cara a sus vecinos, podría afectar a su reputación, a la imagen pública que se tenga de él.

la interrupción que da forma a este coro. Estas mujeres sin nombre no son, paradójicamente, mujeres anónimas, son la comunidad que ha sobrevivido a la guerra y, tal vez también, una comunidad por venir (Alexandra Ortiz Wallner, 2019: 121).

Una ética del cuidado entre mujeres que no solo tiene el potencial de reparar las heridas abiertas del tejido vital, que comprende desde mitigar los problemas de salud –como los de la hermana pequeña, la depresión de la primogénita o los traumas de la madre– hasta cubrir las necesidades –como alimentar a las hijas o pagar sus estudios–, sino también aquellas que abrieron fisuras en los vínculos entre madres, hijas y abuelas.

El inicio de *Roza tumba quema* parte de dos planteamientos de sensación de abandono y su consecuente reproche: el que siente la madre protagonista al indicar que, de niña, la abuela no fue a buscarla para retenerla, y el que la primogénita echa en cara a su madre biológica, la madre protagonista, aun sabiendo que fue un abandono forzado. Sabemos que el motor que impulsa la continuidad de la novela es la insistencia de la madre por recuperar a su primogénita, cometido que no llega a lograr. Sin embargo, de manera casi secundaria y, al mismo tiempo, paralela a esta búsqueda, es el vínculo con la madre el que vuelve a trenzarse. Esta reunión se completa en el momento en el que la entierra junto con una piedra que simboliza ser su primogénita, que a la vez es su guerra, perdida.

No conoce a nadie mejor [que su madre] para cuidar de la niña que perdió.
El día que la entierren, colocará algo de su hija con ella, pero no a sus pies,
sino en sus brazos: puede ser que nunca haya tomado un arma, pero ella
nunca soltó a ninguno de sus hijos.
Tampoco hizo por detenerlos.
No había tenido opción (246).

La reconciliación es posible en el momento en el que la madre protagonista asume que no puede hacer nada por recuperar a su primogénita y acepta que no tiene otra opción. En este momento, la madre empatiza con la abuela y sutura el lazo que la guerra rompió. Inicia de nuevo el ciclo de la roza, la tumba y la quema alimentando la tierra con el cuerpo del que nació, el de la abuela, y con el que dio a luz, por lo menos simbólicamente, y que necesita superar para seguir adelante, para seguir sobreviviendo por ella, por sus hijas y, ahora también, por sus nietas.

Madre e hija, abuela y madre, ambas obligadas a ser madres en condiciones de violencia, pobreza y de imperativos de trascendencia revolucionaria, imponen la supervivencia mediante la reparación y la solidaridad entre mujeres, entre madres. A propósito de la maternidad, Audre Lorde escribe [1984]:

For women, the end and desire to nurture each other is not pathological but redemptive, and it is within that knowledge that our real power is rediscovered. It is this real connection which is so feared by a patriarchal world. For it is only under a patriarchal structure that maternity is the only social power open to women (2007:1)²⁶.

CONCLUSIÓN Y OLVIDO

En este breve análisis se ha querido incidir en el papel de las mujeres como sujeto político y, en concreto, como red que garantiza la supervivencia de la comunidad y permite, a su vez, que puedan llevarse a cabo procesos revolucionarios como el que se vivió en El Salvador. Incluso cuando estos procesos no pudieron culminar, la organización de la vida, esto es, de las necesidades concretas y materiales, al haber sido desplazada al margen de lo privado y lo personal, estuvo a cargo de las madres. Madres no solo entendidas como aquellas mujeres que, en efecto, dieron a luz a hijos, sino aquellas que cumplieron la función relativa a los cuidados, tanto vitales como afectivos.

En *Roza tumba quema*, como se ha afirmado a lo largo de este trabajo, madre es una y, al mismo tiempo, son todas. Así, la maternidad funciona como soporte y a la vez como mecanismo de reparación de todas las heridas provocadas por la guerra y sus consecuencias. Unas heridas heredadas cuyo hilo de sutura aparece tenso, constantemente, entre la trascendencia, ese futuro imaginado y anhelado de la revolución, y la supervivencia de los cuerpos que habitan y componen las comunidades y la tierra. Esta tensión, en la novela, consigue resolverse en la historia de la protagonista a través del entierro de su madre, corpórea, y su primogénita, esa fantasía de perpetuación simbolizada en una piedra. Esta escena final abre una zanja a nuevas preguntas que ya se planteaban desde el título: cuando no se puede sembrar en el suelo quemado, cuando no hay nuevos brotes, ¿cuáles son las prácticas necesarias para sanar una historia, una comunidad, una familia atravesadas por la violencia? ¿Cómo hacerlo cuando estos problemas no se reconocen dentro de la Historia, pues pertenecen al mundo de “lo privado”? En esta línea, resulta difícil concluir si este entierro tan cargado de significado propone el olvido como enemigo a la construcción de la memoria o como, en este caso particular, el de la madre

26 “Para las mujeres, el fin y deseo de nutrirse entre sí no es patológico, sino redentor, y es gracias a este conocimiento que nuestro verdadero poder se redescubre. Es esta conexión real la que es tan temida en un mundo patriarcal, ya que bajo una estructura patriarcal el único espacio de poder social para las mujeres es la maternidad”. La traducción es mía.

protagonista, un alivio, una reparación del vínculo madre-hija que, paradójicamente, consiste en enterrar simbólicamente a esa primogénita.

En un contexto en el que la paz no es tal, y menos para las mujeres supervivientes, la lectura de *Roza tumba quema* supone un gesto hacia la memoria, una representación desde la literatura de aquello silenciado. Una recuperación que además de revisitar el relato masculinizado de los procesos revolucionarios coloca en el centro la maternidad, a las madres, como eje imprescindible para la continuidad de la vida y de la transmisión de la memoria.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIÑADA DERAS, Dinora (2001). “Una mirada feminista sobre la participación de las mujeres en la guerra. El caso de El Salvador”, en Fenneke Reysoo (ed.), *Hommes armés, femmes aguerries*, Graduate Institute Publications, pp. 105-116, <https://doi.org/10.4000/books.iheid.6146>
- BADINTER, Elisabeth (1981): *¿Existe el amor maternal? historia del amor maternal, siglos XVII al XX*, Barcelona, Paidós Pomaire.
- BARRANCOS, Dora (2020). *Historia mínima de los feminismos en América Latina.*, El Colegio de México.
- BASAGLIA ONGARO, Franca y KANOUSI, Dora (1985). *Mujer, locura y sociedad*, en La mitad del mundo, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- BEAUVOIR, Simone (1972). *El segundo sexo*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte.
- BELLUCI, Mabel, y NORMAN, Viviana (1998): “Un fantasma recorre el manifiesto: el fantasma del feminismo”, *Debate Feminista*, Universidad Nacional Autónoma de México, 18, 9, pp. 383-390, <https://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=mlf&AN=EIS20934220&lang=es&site=ehost-live&scope=site>.
- CASTAÑEDA, Jorge G. (1995). *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Barcelona, Ariel.
- COMANDANCIA GENERAL DEL FMLN (1983). “FMLN: Sobre el desarrollo del F.M.L.N. (1983)”, <https://www.marxists.org/espanol/tematica/elsalvador/organizaciones/fmln/1983/nov/28.htm>
- COMANDANCIA GENERAL DEL FMLN (1983). “Comunicado de la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU-PM) anunciando la formación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) (1980)”, <https://www.marxists.org/espanol/tematica/elsalvador/organizaciones/fmln/1980/oct/10.htm>.
- COMANDANCIA GENERAL DEL FMLN (1983). “FMLN: Sobre el desarrollo del F.M.L.N. (1983)”, <https://www.marxists.org/espanol/tematica/elsalvador/organizaciones/fmln/1983/nov/28.htm>.
- COMISIÓN DE LA VERDAD PARA EL SALVADOR (1993). *De la locura a la esperanza: la guerra de 12 años en El Salvador*, Chapultepec.
- CORTEZ, Beatriz, ORTIZ WALLNER, Alexandra y RÍOS QUESADA, Verónica (eds.) (2012). *(Per)versiones de la modernidad: literaturas, identidades y desplazamientos*, Hacia una historia de las literaturas centroamericanas (3), Guatemala, Guatemala, F&G Editores.
- CRISTOFFANINI, Pablo R. (2015). “Che Guevara: Las significaciones de un ícono global”, *Sociedad y Discurso*, 16, pp. 16-27, <https://doi.org/10.5278/OJS.Vol16.1091>.
- CUÉLLAR, Paula (2014). “Obstáculos al ejercicio del derecho de acceso a la justicia por parte de las víctimas del conflicto armado salvadoreño, y de sus familiares”, *ECA: Estudios Centroamericanos*, 69, 736, pp. 119-141, <https://doi.org/10.51378/eca.v69i736.3299>.
- CUÉLLAR, Paula (2022). “Violación sexual durante el conflicto armado: “un capítulo

relativamente menor”, *El Faro* 25, <https://elfaro.net/es/202201/columnas/25950/Violaci%C3%B3n-sexual-durante-el-conflicto-armado-%E2%80%9Cun-cap%C3%ADtulo-relativamente-menor%E2%80%9D.htm>.

CRAFT, Linda (2000). “Al margen de la función testimonial en dos novelas recientes de Manlio Argueta”. Roman-Lagunas, Jorge (ed). *Visiones y revisiones de la Literatura Centroamericana*. Editorial Oscar de León Palacios. 80-85.

DIANA, Marta (1996). *Mujeres guerrilleras: La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*. Planeta.

DICKINSON-GÓMEZ, Julia (2002). “The Sound of Barling Dogs: Violence and Terror among Salvadoran Families in the Postwar”. *Medical Anthropology Quarterly*, 4 (16) (2002), 415-438.

FALQUET, Jules (2002). “El movimiento de las mujeres en la ‘democratización’ de posguerra en El Salvador”. *Revista del CESLA*, 4.

FALQUET, Jules. “Corps-territoire et territoire-Terre (2015). Le féminisme communautaire au Guatemala. Entretien avec Lorena Cabnal” *Cahiers du Genre*, 59 (2), 73-89. <https://doi.org/10.3917/cdge.059.0073>

FEDERICI, Silvia (2018). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (Segunda edición). Traficantes de Sueños.

FEDERICI, Silvia (2020). *Reencantar el mundo: El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de sueños.

FEDERICI, Silvia (2021). *El patriarcado del salario: Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños.

FORTUNATI, Leopoldina y Mondaca, Javiera (2019). *El arcano de la reproducción: Amas de casa, prostitutas, obreros y capital*. Traficantes de Sueños.

FULLER OSORES, Norma J. (2022). *Dilemas de la femineidad: mujeres de clase media en el Perú*, Pontificia Universidad Católica del Perú, <https://doi.org/10.18800/8489309558>.

GARGALLO, Francesca (2007). “Feminismo Latinoamericano”, *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12, 28, pp. 17-34, http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1316-37012007000100003&lng=es&nrm=iso&tlng=es.

GORKIN, Michael, Pineda, Marta y Leal, Gloria (2003). *De abuela a nieta: Historias de mujeres salvadoreñas*. UCA Ed.

GOTBY, Alva (2023). *Ellos lo llaman amor. Una política de las emociones*. Verso books.

GRAJALES USUGA, Martha Elena (2022): “Patriarcado y amor. La teoría política de Anna G. Jónasdóttir”, *Estudios Políticos (Medellín)*, 64, pp. 121-146, <https://doi.org/10.17533/udea.espo.n64a06>.

GRAMMÁTICO, KARIN (2011). *Mujeres montoneras: Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974*. Ediciones Luxemburg.

GUEVARA, Ernesto Che, FERNÁNDEZ BUEY, Francisco (ed) (2010). *Escritos revolucionarios*. Diario Público.

GUNNARSSON, Lena (2015): “Amarlo por quien es: la microsociología del poder”, *Sociológica (México)*, Universidad Autónoma Metropolitana, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 30, 85, pp. 235-258,

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0187-01732015000200008&lng=es&nrm=iso&tlng=es.

GUTIÉRREZ, Gustavo (1972): *Teología de la liberación: perspectivas*, Verdad e imagen, Salamanca, Ediciones Sígueme.

HERNÁNDEZ, Claudia (2018). *Roza tumba quema*. Sexto Piso.

HUME, Mo (2009): *The politics of violence: gender, conflict and community in El Salvador*, Bulletin of Latin American research book series, Malden, Wiley-Blackwell.

JAMES, Selma y COSTA, Maria Dallacosta (1979). *El poder de la mujer y la subversion de la comunidad*. Siglo XXI.

JÓNASDÓTTIR, Anna G. (1994). *Why women are oppressed*, Philadelphia, Temple University Press.

KAMPWIRTH, Karen (2007). *Mujeres y movimientos guerrilleros: Nicaragua, El Salvador, Chiapas y Cuba*. Plaza y Valdés.

LAMAS, Marta (1996). *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG. Miguel Ángel Porrúa. México.

LANDA UGARTE, Ana, y HERRERA ARGUETA, Morena Soledad (2011). *Historia de mujeres víctimas de feminicidios: mujeres que trataron de salir del ciclo de la violencia y dominación*, San Salvador, Isdemu.

LARA PONCE, Estuardo, CASO BARRERA, Laura y ALIPHAT FERNÁNDEZ, Mario (2012). "El sistema Milpa roza, tumba y quema de los Maya Itzá de San Andrés y San José, Petén Guatemala". *Ra Ximhai*, 8 (2012), 71-92.

LARGE, Sophie (2019). "De violencias y traumas: Las mujeres en la posguerra en Roza tumba quema de Claudia Hernández". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 38, 191-203.

LEIKEN, Robert S. (1984): *Central America: anatomy of conflict*, New York, Pergamon press.

LEYVA, Héctor M. (2002). "La novela de la revolución centroamericana (1960-1990)", <http://purl.org/dc/dcmitype/Text>, Universidad Complutense de Madrid, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=15579>

LÓPEZ ÁGUILA, Myrna (2022). *Renata: memorias de una guerrillera*, Primera edición: febrero, 2022. Zaragoza, Nautilus Ediciones.

LÓPEZ FERNÁNDEZ, Julio (director) (2023). *Añil* (documental) Cuma Cine.

LORDE, Audre (2007). "The Master's Tools Will Never Dismantle the Master's House". En *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Berkeley, CA: Crossing Press. 110-114.

LUGONES, María (2011). *Hacia un feminismo descolonial*. Universidad del Valle, Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad.

MACÍAS, Joseba (2011). "Revolución cubana: Mujer, Género y Sociedad Civil". *Viento Sur*.

MACKENBACH, Werner (2020). "14. El Frente Sandinista y los Contras: textos e imágenes de los traumas de la Revolución en Nicaragua", en Roland Spiller, Kirsten Mahlke y Janett Reinstädler (eds.), *Trauma y memoria cultural*, De Gruyter, pp. 227-244, <https://doi.org/10.1515/9783110420760-014>.

MANZONI, Celina (2020). "12. Escribir los traumas de la Revolución cubana dentro y fuera de la Isla", en Roland Spiller, Kirsten Mahlke y Janett Reinstädler (eds.), *Trauma y memoria*

- cultural, De Gruyter, pp. 199-210, <https://doi.org/10.1515/9783110420760-012>.
- MARCOS, Sylvia (2017). *Cruzando fronteras. Mujeres indígenas y feminismos abajo y a la izquierda*, Santiago de Chile, Editorial Quimantú.
- MARINO, Katherine M. (2021). *Feminismo para América Latina: un movimiento internacional por los derechos humanos*, Ciudad de México, México, Grano de Sal.
- MEYER WALERSTEIN, Eugenia (2007). *El futuro era nuestro. Ocho cubanas narran su historia de vida*. Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica. <http://ru.ffyl.unam.mx/handle/10391/3834>
- MOLINA, Noemy (2015). “Ni paz ni tregua para las mujeres en El Salvador”, *ECA: Estudios centroamericanos*, Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas», 74I, pp. 223-248, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5194076>.
- MONTGOMERY, Tommie Sue (1982a). *Revolution in El Salvador: origins and evolution*, Boulder, Colo, Westview Press.
- MONTGOMERY, Tommie Sue (1982b). “Cross and Rifle: Revolution and the Church in El Salvador and Nicaragua in Religion and Politics”, *Journal of International Affairs New York, NY*, https://www.academia.edu/3028159/Cross_and_Rifle_Revolution_and_the_Church_in_El_Salvador_and_Nicaragua_in_Religion_and_Politics.
- MURGUIALDAY, Clara (1996). *Montañas con recuerdos de mujer: una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas*, Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas).
- NÚÑEZ HANDAL, Vanessa (2016). *Dios tenía miedo*. Guatemala, Piedra Santa.
- OBERTI, Alejandra (2015). *Las revolucionarias: Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* (Primera edición). Edhasa.
- ORTIZ WALLNER, Alexandra (2019). “Guerra y escritura en *Roza tumba quema* (2017) de Claudia Hernández”. *Revista Letral*, 22, 110-128. <https://doi.org/10.30827/rl.voi22.9306>
- ORTOLANI, Luis (2005). “Moral y proletarización”, *Políticas de la Memoria. Revista de Investigación del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas*, 5, pp. 94-102, <<https://doi.org/10.47195/PM5>>.
- PAREDES, Julieta y GUZMÁN, Adriana (2010). *El tejido de la rebeldía. ¿Qué es el feminismo comunitario?*, La Paz, Comunidad Mujeres Creando Comunidad.
- PATEMAN, Carole, (1995). *El contrato sexual*. Barcelona, México, Anthropos; Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- PÉREZ OROZCO, Amaia (2019). *Subversión feminista de la economía. Aportaciones para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- PEYROU, Florence (2019). “A vueltas con las dos esferas. Una revisión historiográfica”. *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, 42, 359-385. <https://doi.org/10.18042/hp.42.13>
- PLAZA A., Penélope (2010). “Madre armada y niño. Representación de la mujer nueva en los murales de la Revolución Sandinista en Nicaragua”, *Apuntes*, 23, 1, pp. 8-19.
- RAMÍREZ CHICHARRO, Manuel (2019). *Llamada a las Armas. Las mujeres en la Revolución Cubana 1952-1959*. Ediciones Doce Calles.

- RANDALL, Margaret (1977). *Mujeres en la revolución / Margaret Randall conversa con mujeres cubana ; fotografías de Mayra Álvarez Martínez* (3a ed.). Siglo XXI.+
- RANDALL, Margaret (1992): *Gathering rage: The failure of twentieth century revolutions to develop a feminist agenda*. Monthly Review Press.
- RANDALL, Margaret (1995). *Sandino's daughters: Testimonies of Nicaraguan women in struggle* (Rev. ed). Rutgers University Press. <http://www.gbv.de/dms/bowker/toc/9780813522142.pdf>
- RINCÓN RUBIO, Ana, ROMERO GARCÍA, Velvet y CALDERÓN CISNEROS, Araceli (2022). *Feminismos, memoria y resistencia en América Latina*, Chiapas, México, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica.
- RODAL LINARES, Selma (2022). "Cortar, recordar y desear: La afectividad femenina en Roza tumba quema de Claudia Hernández". *Mitologías hoy*, 26, 103-114. <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.864>
- SHARIM, Dariela (1999). "Dimensión subjetiva del género: una aproximación desde los relatos de vida", *Proposiciones*, SUR Profesionales Santiago, 29, pp. 1-7, <https://scholar.google.com/scholar?cluster=5169808190872237071&hl=en&oi=scholar>.
- SPILLER, Roland; Mahlke, Kirsten y Reinstädler, Janett (2020). *Trauma y memoria cultural: Hispanoamérica y España*, Walter de Gruyter GmbH & Co KG.
- VALQUI, Camilo (1983): *Los guerrilleros de Chinchontepec y el Guazapa*, México, Colección Pluma y Trinchera.
- VÁZQUEZ, Norma (1996). *Mujeres, montaña: Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN / Norma Vázquez, Cristina Ibáñez, Clara Murguialday*. Horas y Horas.
- VÁZQUEZ, Norma; GARAZABAL, Cristina; OLIVERA, Mercedes, y LORÍA, Cecilia (1996). "Mujeres en la guerra. La participación de las mujeres en los conflictos armados. Foro de El Salvador". *Página abierta*.
- VERGÈS, Françoise (2021). *No todas las feministas son blancas*. La Vorágine, editorial crítica.
- VIDAURRÁZAGA ARÁNGUIZ, Tamara (2005a). "Maternidades en resistencia. Reconstruyendo la memoria desde la desvictimización". *Revista de estudios de género: La ventana*, 3(22), 110-145. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5202319>
- VIDAURRÁZAGA ARÁNGUIZ, Tamara (2005b). *Mujeres en Rojo y Negro. Reconstrucción de la Memoria de tres mujeres miristas (1971-1990)*. [Universidad de Chile]. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/108836>
- VIDAURRÁZAGA ARÁNGUIZ, Tamara (2012). "Los niños(as) de la revolución en "El edificio de los Chilenos"", *Revista Sociedad y Equidad*, 0, 4. <https://doi.org/10.5354/0718-9990.2012.20965>
- VIDAURRÁZAGA, Tamara, y Maria Olga Ruiz (2018). "Sacrificio, pureza y traición en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria", *Revista Austral de Ciencias Sociales*, , 35, pp. 29-44, <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2018.n35-02>.
- VIGLIETTI, Daniel (1971). "Gurisito" (canción), en *Canciones chuecas*.